

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

El consuelo de las habas cocidas en todas partes, y el otro que se llama por antonomasia de tontos, el mal de muchos, no debieran tranquilizarnos: porque un mal que sea muy general, tiene mayores probabilidades de ser duradero, y además, el ejemplo que viene de naciones encaramadas a peldaños más elevados en la escala de la civilización, tiene probabilidades de pasar de ejemplo a contagio.

Todas estas reflexiones pesimistas, me las sugiere algo que leo en la prensa francesa. Se habla mucho estos días de los tan acreditados y consecuentes *apaches*, que, casi dueños de París, se han colado en el ejército gracias a una reciente ley, de fecha de 1910; ley, dice el diario donde recojo estas noticias, inspirada a senadores y diputados franceses por un acceso de la estúpida sensiblería, que es uno de los estigmas degenerativos de nuestra época, en la cual se practica una falsa filosofía, regada con lágrimas de cocodrilo—son las palabras textuales del periódico.—Los referidos diputados y senadores, partiendo de la teoría correccionista, de la idea de que los criminales se enmiendan *por bien*, lo cual, hablando en general, es error manifiesto, decretaron que los presidiarios puedan ingresar en las filas del ejército, olvidando el aforismo de horticultura: «En un frutero, una manzana podrida pudre a las otras, mientras que todas las sanas no pueden sanear a la podrida.»

Así, los franceses han resuelto contaminar sus regimientos con la presencia de los apaches. Ni aun se les ha ocurrido lo más elemental: que los apaches formasen un cuerpo aparte. Entonces, pudiera suceder que se desarrollase en ellos, a falta de lo que se llama un arrepentimiento de conciencia, uno de orgullo, porque el orgullo colectivo lo sienten todos los hombres, hasta los más degradados. Es fácil que ese cuerpo, compuesto de gentes sin honra, hiciese por adquirirla un día de combate. De esto, la experiencia demuestra que se han visto casos.

Lo deshonroso y mortificante y peligroso, es sembrar a los criminales en cuerpos compuestos de mozos que acaban de soltar la esteva o el azadón, honrados campesinos y artesanos, médula y vigor del país. Y esto se hizo, y esto disgusta y alarma, y con razón, a los que se interesan por el ejército francés. Por lo pronto, dos soldados del 117 han cometido estos días un horrible asesinato por robar; y uno de ellos era un reincidente, que arrastró sin duda al otro, el cual, hasta entonces, no había cometido delito alguno. La manzana podrida pudrió a la sana.

Mejor inspirada que al crear estas leyes, está la nación francesa al festejar y honrar a sus hijos ilustres. Reciente está el homenaje a madama de Sévigné, y ahora acaba de erigirse en el cementerio de Montparnasse el busto conmemorativo del eminente crítico Fernando Brunetière, muerto hace pocos años, de consunción laríngea, en lo mejor de su labor perseverante y fructuosa.

En realidad, el homenaje a Brunetière lo encuentro *maigre*, como ellos dicen. No se ha dado cuenta acaso la patria de Brunetière de las clasificaciones literarias, del lugar que corresponde, en el escalafón, a este crítico tan notable y tan robusto en su pensamiento. Brunetière, además, fue impopular, y hoy no es el mérito, es la popularidad la que hace las reputaciones estruendosas, que se esparcen por el mundo. Fue impopular Brunetière, con plena conciencia de serlo, con alegría tranquila de sabio que no ha soñado nunca tener nada de común con la turbamulta esclava de las pasiones y los errores de una hora; y, si yo no conocía mal a aquel hombre de tan acendrado valer, le hubiese molestado un poco, le sería embarazosa la popularidad al modo de Víctor Hugo y Lamartine. Brunetière no escribía para todos: su estilo mismo era erizado y difícil en medio del nervio *gaulois* que poseía: con razón se le comparó al *testu-*

do, a esa manera de combatir de los romanos, que formaban una falange cubriéndose con los recios escudos, y no presentaban al enemigo sino una capa-razón de escamas de hierro.

Cuando Nisard escribió su famoso manifiesto contra la «literatura fácil» condenaba las reputaciones formadas sobre la base de cualquier escrito, escrito sobre cualquier cosa, de cualquier modo, con vaguedad y flojera. Lo que fustigaba Nisard, no era seguramente la espontaneidad, la gracia y naturalidad del estilo, antes al contrario, su hinchazón, su falsedad, la afectación de la forma y del fondo; lo insincero, lo que no brota del verdadero substrato psicológico de un escritor. Nisard, ciertamente, no hubiese dicho que madama de Sévigné escribió fácil, porque ¿quién puede escribir así? Sólo ella. Pues bien: tampoco debíamos calificar a Brunetière de escritor dificultoso, ya que, en él, lo natural era esa misma apretada dialéctica, esa acerada lógica, ese período armado y enlorigado, y un escritor no puede tener mejor estilo que el suyo característico y propio.

Como quiera, no fué popular Brunetière, como no lo había sido Sainte Beuve; y no lo son, en general, los críticos de altura, a menos que adulen al vulgo en sus preferencias, y suscriban a sus entusiasmos interesados e impremeditados. De tales condescendencias, era Brunetière completamente incapaz. Antes se hubiese dejado aspar, que tomar ideas hechas y corrientes. No era infalible seguramente Brunetière, y no digo que acertase en todos sus juicios, pero estaba mucho más arriba que la mayoría, y además, tenía criterio propio; criterio formado e ilustrado por grandes, profundos conocimientos de literatura, filosofía, filología, historia y hasta ciencia política y social. Y, desdeñoso de la fama trompetera, fué contra la corriente de su tiempo, lo cual no siempre es retroceder, y a veces puede ser el modo de encontrarse con el porvenir, que ha de echar por tierra tantas cosas hoy, en apariencia, demostradas.

En la serie de los grandes críticos, cuya obra vivirá y será base de la historia literaria francesa, Brunetière ocupó un lugar inmediatamente después, por orden cronológico, de Sainte Beuve, Gautier y Taine. Tuvo, como estos insignes predecesores suyos, un sistema, una idea propia, y en estos tres nombres pudiera encerrarse todo el movimiento crítico, y la formación del ideal estético. Por eso no me parece que se hayan corrido mucho los franceses al consagrarle a Brunetière, sencillamente, un busto en una necrópolis, en vez de un monumento en algún *square*. Tal vez con el tiempo reparen esta falta.

En cuanto a madama de Sévigné, no hay discusiones: su mérito es de los que no han encontrado, por ahora, quien lo niegue. Esta Santa Teresa mundana ha conquistado a todo el mundo, lo mismo a los inteligentes que a los profanos, con el encanto de su sonrisa, que descubre tan bonitos dientes, y conserva la delicada gentileza, de un gesto palatino. Y ha ayudado a la conquista, la historia de su corazón, pobre corazón de mujer que no halló en el matrimonio la felicidad, sino todos los desencantos y todas las humillaciones; que se mantuvo fiel al recuerdo de un marido detestable, que no quiso buscar la dicha en otros amores, que huyó de segundas nupcias por no causar perjuicios a sus hijos, y que en la vehemente pasión por su hija, madama de Grignán, concentró la fuerza afectiva y sentimental que poseía, rodeando a esta hija adorada de cuidados y ternuras como se rodea de incienso a un ídolo. Por esta hija, por entretener su destierro en Provenza, donde vegetaba, enviándole noticias de la corte, de los asuntos políticos, de la chismografía social, la marquesa de Sévigné escribe sus encantadoras cartas, «dejando rienda suelta a la pluma,» y en un tono de buen humor y discreta agudeza, que ningún otro escritor ha poseído.

Este tono, es el buen tono del siglo dorado; es la marca de aquella sociedad escogida y refinada, en la cual las ideas morales no eran enteramente las mismas que hoy, o al menos estaban admitidas, sin recato, cosas que actualmente no confiesa nadie, aunque las practique; pero en la cual, en cambio, reinaba el buen sentido, el buen gusto, y eran desconocidas las afectaciones modernas. Cada época tiene su íntima contextura, que no es posible ajustar a la de otra, y uno de los grandes méritos del epistolario de madama de Sévigné consiste en dar la nota exacta del momento en que vivía. Mal conocería a madama de Sévigné quien se la representase melancólica; en su alma—tan amante como se ha demostrado, tan rica en afectos y tan dispuesta al sacrificio, tan lastimada además por los vicios y el desamor del marido, por la inferioridad y frivolidad del hijo, por la muerte o el disfavor en que cayeron en la corte sus amigos y protectores,—no cupo nunca la queja, la tristeza, el pesimismo; equilibrada como nadie, na-

turalidad sana y floreciente, la alegría nace en ella de la inteligencia, de la viveza de percepción con que saborea el espectáculo vario y entretenido de la vida. Con las mismas circunstancias que rodearon a madama de Sévigné; con las propias desilusiones, decepciones y quebrantos, una mujer de la época romántica, una Jorge Sand, se tendría por la más desdichada criatura de la tierra, é invocaría a los astros y a las constelaciones, tomándolas por testigos de la gran iniquidad que el destino cometía con ella... Lo que sostiene a madama de Sévigné, no es la resignación cristiana, pues en la insigne epistológrafa hay algo de paganismo, como notó el malhumorado jansenista Arnault; es, realmente, el ligero paganismo de la elegancia, de la *qualité*, insustituible palabra francesa; es también el sentimiento indefinible de moderación y decencia que impide a la gran señora llover a voces descompuestas, ir refiriendo sus cuitas, como la gentecilla de poco más ó menos. He aquí por qué la Sévigné no nos parece ni desgraciada, ni «incomprendida,» sino con la calma jovial de la dama versada en los misterios del trato. No por eso menos sensible, ni menos reboante de ternura, generosamente prodigada.

Y mal la conocería tampoco quien viese en ella a una marquesa del antiguo régimen, llena de preocupaciones ridículas. Es cierto que la Sévigné sufrió el atractivo y el prestigio de la realeza. Para ella, como para todos, Luis XIV fué el Sol. Téngase en cuenta que Luis XIV, además de su prestigio personal, resumía el de su gloriosa época. Tanta magnificencia, tantas victorias, tanto arte, tanto engrandecimiento para Francia, los representaba aquel hombre del cual, el día que la sacó a bailar, dijo la Sévigné que, «sin género de duda era un gran rey;» y, como en tal sociedad nunca perdían sus fueros el ingenio y la malicia, respondió el satírico Bussy: «¡Ya lo creo! ¡Después de lo que acaba de hacer!» No cabe reprochar a la Sévigné un culto universal, el endiosamiento de Luis XIV, caso tal vez único en la historia, porque, siendo Luis XV más antojadizo y tan absoluto como su antecesor, los tiempos habían cambiado, y ya la apreciación de sus actos fué infinitamente más severa: no brotó a su alrededor la adoración respetuosa que a Luis XIV rodeaba. Madama de Sévigné había de compartir, forzosamente, esa veneración, y sentir el ascendiente misterioso del árbitro de Francia, y acaso, en determinados momentos, del mundo. La prueba de que no es posible juzgar las ideas de entonces por las contemporáneas, es que se consideraba honra altísima, para las familias más linajudas, que de su seno saliesen las preferidas del rey. La «caída» de la señorita de Lavallière, coincidió con la presentación en la corte de la señorita de Sévigné, después condesa de Grignán. Era muy bella, y además muy discreta y sabia, adepta de la filosofía de Descartes, lo cual entonces estaba de moda, y muy diestra en las fórmulas y requisitos cortesanos. No se hablaba más que de la gentil damisela, y el rey dió en reparar en ella un poco. La contingencia no sólo llenaba de júbilo a su madre, sino a todos los de su familia y estirpe. Sería grave error condenar rigidamente, en este caso, a la Sévigné: en cualquier otro punto, seguramente sus nociones de dignidad serían cual hoy pudiéramos exigir las. Pero, como dice muy bien Schopenhauer, el honor social lo forma la opinión, y la opinión la forma una mayoría, y por eso no ha sido nunca muy fácil poner de acuerdo los varios honores que se conocen, ni sus códigos. Lo más honroso, lo más lisonjero, en el siglo XVII, en Versalles, era ciertamente lo que estuvo a pique de suceder a la señorita de Sévigné.

No es cosa averiguada si el no haber sucedido fué porque la señorita filósofa prefirió la vida apacible del hogar, ó porque no llegó a inspirar al monarca el violento capricho que la Montespán. Y el hogar de la condesa de Grignán tampoco fué venturoso. El marido jugaba, y amargaban la vida de la hija los excesos que habían amargado la de la madre. Y fué para esta madre apasionadísima, que todo lo hubiese dado por su hija, hasta la vida—y por lo menos dió la salud, cuidándola en grave enfermedad y contrayendo la que más tarde la llevó al sepulcro,—fué, digo, para la Sévigné dolor mayor que el propio, ver a su hija tan poco feliz, obligada a empeñar su hacienda para pagar las deudas de Grignán.

Y de las cartas, que entretenían las tristezas de la separación, y en que un cariño acrecentado por la ausencia encontraba desahogo, salieron páginas, de lo más clásico de la literatura francesa, en el momento de mayor esplendor del habla. Ningún escritor de oficio pudo competir con la pluma de mujer, que graciosamente torneaba los párrafos, al impulso irresistible, íntimo, del amor maternal.

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.